



## Misceláneas

### Resabios míticos presentes: el poder de las nuevas mitologías\*

Julio López Saco\*\*

El interrogante con el que abrimos este ensayo no es una formulación retórica carente de sentido. No podemos dejar de creer, pero también es menester demostrar, en la presencia incisiva del universo mítico en nuestro mundo contemporáneo, plagado de auténticas reformulaciones mito-lógicas. Las nuevas mitologías modernas, como aquellas pasadas, poseen un carácter genésico, liminal, transformador y transicional, en tanto nos remiten al origen de las cosas a través de nuevos héroes, deidades y semidioses del mercado y de la globalización, reinando en una audiencia sometida al imperio de la imagen, el audiovisual y la electrónica. Las sociedades posindustriales, la era de la información, la posmodernidad o las nuevas revoluciones científico-tecnológicas no dejan de ser períodos de transición de gran riqueza mítica y simbólica. Incluso el denodado esfuerzo academizante por responder cualquier cosa (pretensión absolutista de encerrar en un sistema los mitos modernos cotidianos), se configura como una fuente de la nueva mitología: el mito de la desmitificación<sup>1</sup>.

Aunque hoy no hallamos mitos en forma de narrativas coherentes, sí los encontramos como metáforas, tropos e imágenes en muchos rasgos del pensamiento y la práctica. Sus elementos están presentes en los estilos de vida, en las etnicidades y en las identidades. Los encontramos en las ideas íntimas y personales sobre lo que

\* Esta miscelánea se terminó en 03/2012, se entregó para su evaluación en 05/2012 y se aprobó para su publicación en 07/2012.

\*\* Profesor Asociado, de Introducción a la Historia Universal e Historia de Asia, en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Doctor en Historia Antigua y en Ciencias Sociales. Especialista en mitología. Coordinador Académico de la Escuela y del Doctorado en Historia de la UCV. Los Chaguaramos, 1, Ciudad Universitaria. E-mail: yogonbus@hotmail.com y julosa.ucv@gmail.com.

somos (el mito del individuo como un agente libre, sin ir más lejos), así como en las representaciones comunales sociales y políticas, tal y como ha pasado con el mito del Sueño Americano. El material tradicional mítico ha sobrevivido como colecciones de motivos y secuencias. En la sociedad de consumo, lo ficcional y los reinos de la imaginación mitológica representacional se vinculan cercanamente al consumismo. La buena vida, la juventud, la belleza o la familia feliz, son imágenes estereotípicas modernas que circulan en la sociedad de consumo, si bien son mitemas que escasamente pueden aparecer en secuencias articuladas en la narrativa. No obstante, como combinación de mitemas, funcionan como subtextos escondidos, o como espacios utópicos en el discurso político o, incluso, como reinos trascendentes de verdad en la ideología *New Age*<sup>2</sup>. La ficcionalización del mundo moderno es una patente realidad. La televisión, por ejemplo, ha dejado de imitar la vida real, y ha comenzado a reproducir ficción. Como equivalentes ficticios de las cosmologías tenemos ahora burbujas de inmanencia y medios ambientes creados y ficcionalizados<sup>3</sup>.

Vamos a ser un poco más específicos. Son los *mass media* y el *star system* dos de los principales mecanismos contemporáneos productores y poderosos fomentadores de ídolos e idolatrías colectivas, verdaderas factorías de lo histórico. Los medios de masas actúan como mitos en virtud de que su presencia no solo testimonia, reproduce y amplifica unos acontecimientos, sino que incide en la producción de lo “histórico”<sup>4</sup>. Gracias a su poder, nuevos dioses y héroes, así como mitos plurales, coyunturales y efímeros transitan las ondas y las imágenes, haciéndose instantáneos y provocando rechazos globales o emocionales identificaciones masivas, pautas de comportamiento, rituales mundiales de consumo y hasta verdaderos delirios colectivos. De ese modo, la televisión, la radio, el cine, la publicidad, internet, son generadoras de politeístas mitologías en las que abundan una enorme cantidad de signos, gestos, ídolos, metáforas, deseos y, lo que es más relevante (¿preocupante?) fugaces normas de comportamiento individual y social<sup>5</sup>. Las estrellas de los espectáculos musicales o cinematográficos, las personalidades con cuerpos que destilan deseos eróticos<sup>6</sup>, los rutilantes ejecutivos exitosos o los grandes campeones deportivos no dejan de ser versiones modernizadas del héroe, ese de las mil caras, que delineó J.

Campbell. Pero se trata de una heroicidad que depende de la telegenia, del don de gentes y de la poderosa publicidad en los diferentes medios; son héroes de escala planetaria, global, horneados para su inmediata adoración pero también deglución. Actúan como líderes que persuaden, que intentan convencer, pero no únicamente por medio del mensaje ideológico o del político, sino a través de los medios electrónicos.

Nuestra sociedad occidental ha parido uno de los más deslumbrantes y activos panteones de la modernidad a través del *star system*, que ha moldeado, educado, nutrido y seducido a varias generaciones por mediación de las fantasías y ficciones cinematográficas, vividas colectivamente pero también individual y privadamente, al amparo de la oscuridad física y la temporal evasión psíquica. Las mitologías filmicas son, en buena medida, nostálgicas, referidas a una arcadia, edad de oro o paraíso primigenio mítico, que recuerda los arcaicos cultos a los antepasados<sup>7</sup>. Los viejos héroes del celuloide se divinizan y, con ello, destilan una nostalgia no vivida cuyo conocimiento (o re-conocimiento re-formulador) se lleva a cabo por la televisión, los cómics, las revistas o los ágiles medios electrónicos. No se libra la economía, la religión y la ideología de los procedimientos del *star system*. El político de hoy se fabrica, nace a la vida pública, envuelto en una aureola mítica (como el mito de Kennedy, fraguado en las cadenas televisivas), en tanto que la política y las ideologías que la acompañan se desmarcan del campo discursivo de la escritura y de la oralidad de la oratoria para instalarse en el sonido, en la imagen; por tanto en la representación.

Los mitos son estructuras profundas que forman los contenidos de la conciencia y muestran un común proceso cognitivo. En las sociedades actuales son, a menudo, aspectos propios de la ideología científica y política: la teoría del *Big Bang* es una cosmología sacra para los modernos físicos y astrónomos, como lo puede ser el Génesis para los cristianos, el tiempo del sueño para los aborígenes australianos, o la obra *El Capital* para los marxistas. Las etiquetas políticas convencionales, que son de uso común, (Partido Verde, Derecha, Izquierda), se asocian con creencias personales que se manifiestan como auténticos credos sagrados. Esto ocurre porque la política comunicacional se extiende más allá del discurso verbal, lo

que implica la presencia de rituales y ceremonias verbales, acciones y localizaciones particulares, objetos icónicos, música, canciones e imágenes visuales estáticas en el ámbito de la política actual. Todo ello, sin menosprecio de un poderoso efecto persuasivo<sup>8</sup>. Los mitos se interiorizan a través de exposiciones acumulativas, no por procesos de aprendizaje consciente. De esta manera, los elementos del discurso político que nos inundan en la actualidad, pueden ser evocados por eslóganes, etiquetas, alusiones metonímicas, citas y diversos ecos, además de las habituales representaciones ritualísticas e icónicas<sup>9</sup>.

Del mismo modo, algunos “géneros” cinematográficos, especialmente la ciencia-ficción y la animación, han creado mundos ilusorios y fantásticos, míticos e imaginativos. En muchas películas de ciencia-ficción el desarrollo tecnológico y el poder establecido de la ciencia han jugado, en ocasiones, un maquiavélico poder, destructor y benefactor, desquiciante y renovador. Muchas de sus imágenes se han centrado en una escatología planetaria y en la conformación de un futuro posible enormemente ficcional y hasta aterrador. Por el contrario, los trabajos de animación (por ejemplo el anime japonés de H. Miyazaki)<sup>10</sup>, han servido para rescatar del fango de la tradición y de los bajíos de la conciencia, seres, entidades, recuerdos, espíritus y mundos míticos con los que se identifican tanto los adultos como los niños y adolescentes. Se evidencian, de tal modo, mundos vividos y contrapartidas psíquicas necesarias, y se reivindica el retorno al ámbito prístino de la sencillez natural.

Una de las principales manifestaciones contemporáneas de la sobrevivencia de los aspectos míticos de la cultura humana son, en efecto, los juegos y sus roles, los productos de entretenimiento, en especial los juegos electrónicos. Cada juego viene con un conjunto de historias y posee su propio mundo o cosmología narrativamente construido. Tales “mundos” replican escenarios míticos-religiosos y muchos de esos juegos poseen rasgos cuasi rituales. El predominio de los mitos actuales se hace evidente para padres y profesores, en tanto que a través de los medios de masas (animaciones, propaganda y publicidad, revistas), se influye de un modo notable en la imaginación de los niños. Frente a los mitos tradicionales, la experiencia actual de los mitos es no solo secular sino totalmente penetrante e invasiva. Narraciones folclóricas

y míticas tradicionales han fluido de modo natural en los mencionados juegos de rol (Dragones y Mazmorras, de los años setenta, o *Tomb Raider*, de los noventa, que adapta el mito de Indiana Jones, ese híbrido entre Odiseo y el héroe de cómic Tintín, y cuya “mitología” incluye el antiguo Egipto, Grecia o los Incas). Podemos comprobar, así, que el materialismo racional de la cultura occidental es una ávida consumidora de mitos y fantasías irracionales. La web, internet, por su intrínseca naturaleza, resulta ser, en un sentido analógico, la más postmoderna de las interacciones existentes entre motivos míticos tradicionales y las manifestaciones contemporáneas de los mismos<sup>11</sup>.

También nuestros tiempos modernos, signados por los circuitos integrados informáticos, destilan simultaneidad e instantaneidad, rompiendo la tradicional visión temporal lineal en beneficio de una circularidad espiraliforme progresiva, casi indetenible en su vorágine. Nuestra acelerada sociedad representa el imperio de la velocidad, con nuevos ritmos que alteran las habituales maneras de ver, pensar y concebir el mundo. El culto a la velocidad ha traído al mundo divismos y heroicidades asociados a las vertiginosas tecnologías, como los que han surgido en la fórmula 1, entre los esquiadores de eslalon o los motociclistas, nuevos héroes que condicionan los patrones de conducta de una parte significativa de la juventud. Pero todavía hay otro efecto mitificanc en la extrema velocidad de las sociedades del siglo XXI, o de muchas de ellas: al acelerarse la realidad el mundo se hace más pequeño, se sincroniza y hasta se podría decir que se uniformiza, en una tendencia cercana a la cosmovisión mítica holística del Universo<sup>12</sup>.

También la violencia de nuestras sociedades actuales, ilegal o legal, es ahora ordinaria y un elemento genésico, una versión actualizada del mito arcaico de los orígenes, fragmentador y violento. Las actitudes violentas (agresivas) de economistas, vendedores o políticos, por ejemplo, están en la base del deseo del poder y de la pasión por el dominio, aspectos sobre los que se articulan, aun inconscientemente, los valores sociales. No es extraño, en consecuencia, la fascinación que desata el sensacionalismo, las catástrofes o los atentados, así como el protagonismo simbólico del accidente. Los sistemas industriales eliminaron de lo cotidiano la naturalidad de la muerte<sup>13</sup> y sustituyeron su vacío por la

mítica ilusión de una vida casi eterna, una suerte de inmortalidad, como la sugerida a través de la posibilidad de criogenización o por medio de la abundante presencia de religiosidades y/o espiritualidades al uso que prometen reencarnaciones sin pudor<sup>14</sup>, sin ir más lejos. Algunos de los más relevantes movimientos de reivindicación histórica (el leninismo soviético, el maoísmo, las luchas en varios frentes del Che Guevara o los teóricos movimientos de liberación del tercer mundo de Gramsci y Lukács), se instalaron en un universo mítico de la radicalidad, en el que ídolos, ideas y culturas se asociaron con las utopías de lucha y con la violencia, planteando una existencia y una sobrevivencia a partir del rechazo de lo establecido y del enfrentamiento contra el entorno, entendido como hostil, injusto y también sumamente agresivo. Estas utopías de lucha, sin embargo, acabaron por convertirse en otras de huida, escapismo y evasión, utilizando para ello diversos vehículos<sup>15</sup>, como ocurrió, por ejemplo, con los miembros de la generación beat, los hippies o la famosa Nueva Izquierda estadounidense.

Estas fugas se realizan buscando lo sacro, el retorno al mítico origen perdido. Tales actitudes o sentimientos sagrados son producidos por el desencanto de la razón, y son el resultado del fracaso de las ideologías del progreso. Estos fenómenos espirituales (metafísicas de la ausencia), religiosidades del inconsciente, de la Alteridad total o del abismo, eligen caminos salvíficos y místicos, aquellos de las ciencias ocultas, la astrología, el de los gurús visionarios o el de las peregrinaciones de carácter místico revelador. Se propician, así, cultos (mileneristas, apocalípticos, espiritualistas) que tiene como finalidad última ganarse el alma frustrada del habitante de las ciudades y consolarla. Para ello se hacen de uso común las sectas más extravagantes (asociadas banalmente al orientalismo más sesgado), como los Hare Krishna o los Niños de Dios, y los denominados negocios de lo irracional<sup>16</sup>, la hipnosis, el magnetismo, la adivinación o el control mental, productos abundantes en esa suerte de supermercado espiritual en que nuestras sociedades se han convertido.

Un trasfondo crucial de las mitologías de huida responde al deseo de recuperar el paraíso perdido, contemplado en un mítica escenografía oceánica (playas solitarias y paradisíacas), en la evolución de la idea de residencia y hábitat, concretado en la huida de la gran urbe, contaminada y deshumanizadora, hacia la casa en el campo, alejada

del mundanal ruido y los beneficios urbanos, en pos de una especie de Arcadia feliz, y en las denominadas utopías verdes o ecológicas, en las que la naturaleza se ha convertido en el gran referente, propiciando una tendencia a divinizar, de nuevo, algunos de los elementos naturales primordiales por excelencia, como el agua, el Sol, los bosques o el aire puro de la montaña. También tras la fuga se encuentra el espíritu lúdico<sup>17</sup> como nueva religiosidad profana que busca neutralizar el vacío moral del hombre contemporáneo y vuelve palpables la presencia de ciertas ritualidades de regreso a la naturaleza más salvaje, como ocurre con el surf y su desafío a los elementos naturales. Además, no debemos olvidar la serie de interpretaciones supersticiosas o mágico-religiosas de determinados juegos, especialmente de azar, en los que las apuestas se convierten en ceremoniales organizados en torno a la fortuna, prácticamente otra vez personificada como una diosa de gran poder.

El bosque lluvioso, símbolo virtual de la Amazonía, refleja la noción de una región que es epítome de lo natural y el polo opuesto de la civilización, la ciencia y la tecnología. Ese Amazonas que vemos en los periódicos, la televisión, la publicidad y en las marcas de diversos productos como los jugos de frutas naturales o las ceras para los coches, es un casi mágico reino primigenio de abundancia desbordada. Así, a pesar de su realidad biológica y geográfica, el bosque lluvioso amazónico es una entidad mítica, un referente trascendente, no distinta a lo que fue El Dorado o el mito de las mujeres guerreras de la antigüedad que se denominaron “Amazonas”<sup>18</sup>. En tal sentido, una cera para pulir vehículos, que toma el nombre de un jefe indígena, llega a las ciudades porque simboliza a un ser humano que reside en un universo en el que el vínculo mágico entre seres humanos y animales y plantas no se ha quebrado. Aunque ese jefe autóctono no es una entidad sobrehumana, sí es una extensión de la naturaleza a la que pertenece. Su rol de intermediario frente a la sociedad urbana y tecnificada, confunde las convenciones de la experiencia rutinaria al “transportar” al usuario de la cera para coches<sup>19</sup> hacia un “mundo” más elemental y mucho más misterioso, sugiriendo, por tanto, tensiones entre ese mundo (prístino y natural) y el de la tecnología (alienante y muchas veces artificioso). Del mismo modo que ponches o jugos de frutas de la selva lluviosa se enlazan a un edén bíblico, muchas de las

modernas historias de Encantados que se cuentan en Brasil contienen preocupaciones reales acerca de la destrucción de un paradisiaco medio ambiente y de la diversidad étnico-cultural, lo cual pone en jaque la íntima relación entre el ser humano y la natura.

Los mitos juegan un relevante papel en lo tocante a la creación y reafirmación de los derechos territoriales, hasta el punto que muchas guerras modernas se han producido a partir de las amenazas percibidas sobre tales derechos, como ocurre en el caso palestino-israelí. Cualquier amenaza a la establecida noción del estado-nación es garantía de pasiones desbordadas, de terribles consecuencias en numerosos casos (la limpieza étnica en los Balcanes, por ejemplo)<sup>20</sup>. Naciones y territorialidad son, en su esencia, mitos, que toman sentido en la imaginación. La peculiar guerra contra el terrorismo, preconizada y liderada desde EE.UU., abunda en nociones del bien contra el mal, muy al estilo de lo propio de la imaginación medieval. Los mitos profundamente enraizados, y los motivos míticos adaptativos, son parte relevante del camino por el que una sociedad imagina y crea su identidad. La cultura popular suele reinventarse a sí misma y sus aspectos mitológicos, como los estilos de vida individualistas de los consumidores y sus valores asociados, lo que conlleva que las sociedades modernas puedan estar al borde de la fragmentación en diversas subculturas cambiantes, pues estamos inmersos en lo que R. Barthes denominó “universos mitológicos”.

El propio concepto, abstracto de Crisis (aunque feminizado), tan manido en todas las épocas, ha sido empleado desde una óptica mitológica como una cortina de humo distractora de los síntomas que anuncian cambios inminentes de paradigmas. Hablar de Crisis es, en esencia, emplear una receta mágico-religiosa que engloba toda una serie de desórdenes, discontinuidades, alteraciones o rupturas que son muy difíciles de explicar tradicionalmente. Es por eso que toda crisis es impredecible y genera una importante dosis de incertidumbre. Esa misma incertidumbre es la que encontramos en la moderna imagen imaginada del futuro, ahora vacío, ignoto, inasible, y propiciador de un destacado número de movimientos de defensa contra lo que se estima el caos total y definitivo: el genocidio cultural, el apocalipsis ecológico o la destrucción del mundo urbano. Si bien detrás de tales catastrofismos reside una crítica a la burocracia, el industrialismo, la tecnocracia y hasta el Estado, el futuro

solo se concibe en términos básicamente escatológicos, una concepción cuyo fundamento radica en esa serie continua de mitologías apocalípticas que asolan y perturban la imaginación de nuestras sociedades.

Para finalizar, no queremos dejar de señalar que también muchos aspectos de la sexualidad son constructos mítico-culturales, en los que las mujeres se ven polarizadas (entre la depravación y la cuasi santidad, entre ser conquistadoras o víctimas). Los iconos homosexuales, por ejemplo, suelen percibirse, muy a menudo, al estilo de los héroes o deidades míticas. Los movimientos feministas de los años setenta del pasado siglo XX, desarrollaron sus propias heroínas y mitos de los orígenes, bien a través de mujeres elevadas a un estatus icónico concreto, o por medio de figuras míticas como las diosas pagana<sup>21</sup>. A partir de la idealización de la Gran Madre, se han confeccionado los mitos modernos de una perdida edad áurea, de sabiduría ya olvidada, que contiene significativos aromas artúricos, célticos, egipcios o mayas, y que ejemplifica a la perfección, la necesidad humana de crear la imagen de un cosmos o utopía ideal<sup>22</sup>, un ideal reconocido como inalcanzable y ubicado en el pasado lejano o, en ocasiones, como en la ciencia ficción, en el futuro próximo o hasta en otro planeta. Naturalmente, se aduce como causa directa de la pérdida de esta sabiduría idealizada el proceso de industrialización moderno y la presencia de un hombre nuevo, carente de espiritualidad y, quizá, abocado al más absoluto fracaso.

El nuevo “mito” en nuestra actualidad, es promulgado a través de un doble comportamiento intelectual<sup>23</sup>: por un lado, la presunta condición de que ya no tenemos mitos; por el otro, que el mito moderno retrata la existencia humana como la libertad creativa sin límites que constituye las fronteras entre lo humano y lo que no lo es, entre la esfera del sujeto y la del mundo.

## Notas

<sup>1</sup> Acerca de los signos y símbolos míticos de la modernidad y el carácter transicional de nuestras sociedades en su devenir histórico, puede verse J. Cueto. *Mitologías de la Modernidad*, edit. Salvat, Barcelona, 1982, en concreto, pp. 4 y 5.

<sup>2</sup> Véase al respecto, J. Sinding Jensen (edit.). *Myths and Mythologies. A Reader*, edit. Equinox, Londres, 2009, en concreto, pp. 430-431.

- <sup>3</sup> Al respecto puede verse M. Auge. *The War of Dreams: Studies in Ethno Fiction*, edit. Pluto Press, Londres, particularmente, pp. 106-109. Una de las formaciones ficticias contemporáneas más relevantes es el Reino Mágico de Disney, que presenta una compleja narrativa de significaciones. Walt Disney ha cristalizado los valores medios americanos, su historia y mito, en una nueva clase de narrativa y estética diseñada para el público actual. La concretación de las narrativas míticas y la abstracción de las históricas, le ha permitido crear simples representaciones del mito americano. Sobre esto es imprescindible T. Ryba. “The Utopics of Disney World’s Magic Kingdom: A Stroll through a Realized American Eschatology”, *Revista Temenos*, n° 35-36, pp. 183-223; en especial, pp. 218-220.
- <sup>4</sup> Acerca de la relación entre la ideología burguesa, controladora de la producción de representaciones en la cultura moderna, y la significación mítica, es destacable R. Barthes. *Mitologías*, edit. Siglo XXI, México, D.F., 1999, en especial, pp.145-149.
- <sup>5</sup> Sobre la presencia, necesidad y valoración del mito en la sociedad de consumo, es fundamental G. Dorffles. *Nuevos ritos, nuevos mitos*, edit. Lumen, Barcelona, 1969, en particular, pp. 32-48 y ss.
- <sup>6</sup> Al respecto de los mitos corporales y las modas culturales de los pasados años sesenta y setenta, todavía son de gran utilidad, si bien reducidos al marco de la sociedad estadounidense, T. Wolfe. *Los años del desmadre*, edit. Anagrama, 1979, sobre todo, p. 34 y ss., y L. Pignotti. *Nuevos signos*, edit. Fernando Torres, Valencia, 1974, *passim*.
- <sup>7</sup> Seguimos aquí las reflexiones de J. Cueto. *Ob.cit.*, pp. 22-23.
- <sup>8</sup> Véase C. G. Flood. *Political myth: A theoretical introduction*, edit. Garland, Nueva York, 1996, en concreto, pp. 15-18.
- <sup>9</sup> Cf. C. G. Flood. *Political... Ob.cit.*, pp. 84-85. Véase, así mismo, Trubshaw, B., *Explore Mythology*, edit. Heart of Albion Press, Loughborough, 2003, en concreto, p. 172.
- <sup>10</sup> Acerca del poblado universo mítico de Miyazaki puede revisarse J. López Saco. “Hayao Miyazaki: mitología y religiosidad en la animación japonesa”, en [www.investigacioneshistoricaseuroasiaticas-ihea.com](http://www.investigacioneshistoricaseuroasiaticas-ihea.com), sección *Perfiles*. En línea.

- 11 Puede revisarse, sobre este particular, B. Trubshaw. *Explore...Ob.cit.*, en específico, el capítulo “Modern Myths” pp.168-182, sobre todo, p. 179.
- 12 Sobre la articulación de las ciencias naturales y las del hombre, así como su necesaria interdependencia no subyugante pueden seguirse los presupuestos de E. Morin. *El método. (La naturaleza de la Naturaleza)*, edit. Cátedra, Madrid, 1981, en especial, pp. 12-18; 45-54 y ss.
- 13 Hemos pasado de una idea religiosa y filosófica de la muerte “natural”, a otra estadística, de carácter accidental, fruto de los adelantos tecnológicos y de algunas de sus consecuencias, que ha generado el permanente mito de la seguridad ciudadana en la que vivimos. Al respecto es muy revelador Rubert de Ventós, X., *De la modernidad*, edit. Península, Barcelona, 1980, sobre todo, pp. 45-49 y ss.
- 14 Al respecto del nuevo espíritu presente en las sociedades modernas, así como los nuevos paradigmas culturales y socio-políticos, es recomendable S. Pániker. *Aproximación al origen*, edit. Kairós, Barcelona, 1982. El autor entiende que una eventual cercanía al “Oriente” matizará las enfermedades que carcomen la civilización occidental.
- 15 Sobre las mitologías de los grupos juveniles contemporáneos y sus mecanismos de evasión, sobre todo en las décadas de los sesenta y setenta, es revelador el trabajo de J. L. Aranguren. *Bajo el signo de la juventud*, edit. Salvat, Madrid, 1982, *passim*.
- 16 Véase al respecto, sobre todo, J. Cueto. *Ob.cit.*, pp. 40-41 y T. Wolfe. *Ob.cit.*, en especial, pp. 23-25.
- 17 En muchas ocasiones la política, sobre todo la internacional, se “juega” como si fuese una partida de ajedrez, en tanto que una parte esencial del patriotismo nacionalista se gesta, como elemento de identidad, en los grandes eventos deportivos mundiales u olímpicos.
- 18 Véase al respecto, C. Slater. “Myths of the Rain Forest / The Rain Forest as Myth”, en Schrempf, G. & Hansen, W., (eds). *Myth. A New Symposium*, Indiana University Press, Indianápolis, 2002, pp. 151-164, en especial, pp. 151-152 y 155.
- 19 El comprador de la cera para pulir autos está protegiendo, de modo activo, no solo la carrocería de su vehículo, sino también los bosques lluviosos del mundo, aunque esto último sea totalmente incierto. Véase C. Slater. “Amazonia as Edenic Narrative”, en Cronon, W., *Uncommon Ground*:

*Towards a New Perspective in Environmentalism*, edit. W.W. Norton, New York, 1995, pp. 114-131; del mismo autor, *Entangled Edens: Visions of the Amazon*, University of California Press, Los Ángeles, 2001, pp. 16-25 y ss.

- <sup>20</sup> En África y en América las reivindicaciones históricas de los derechos territoriales han sido confusas en virtud de las varias tradiciones tribales y locales sometidas por el proceso colonizador. Tras la descolonización, se han recuperado los referentes míticos y culturales perdidos u olvidados. Buenos ejemplos son los del Gran Zimbabwe, Benín o Ghana, en el continente africano. Véase Molineaux, B.L. & Vitebsky, P., *Sacred Earth, Sacred Stones*, edit. Duncan Baird, Colonia, 2001, en específico, pp. 215-216 y ss.
- <sup>21</sup> El feminismo moderno más radical está imbuido de una fase mito poética muy rica a partir del reclamo efectuado sobre la necesidad de recuperar el Paleolítico Superior y el Neolítico europeo como matrifocal y centrado en la utopía de la adoración de la Diosa o la Gran Madre. Véase L. Meskel. "Goddesses, Gimbutas and "New Age" archaeology", *Antiquity*, n° 69, 1995, pp. 74-86, y B. Trubshaw. *Explore... Ob.cit*, en particular, pp. 180-181.
- <sup>22</sup> La idealidad se interpreta, a veces, en modo de utopías, pero éstas siempre son posibles, pues forman parte de la naturaleza humana. Los ideales puede cambiar, estableciendo nuevos modelos socio-culturales, con valores propios, considerados adecuados en una determinada época (por ejemplo, el ideal de gobierno ordenado, cívico y refinado; esto es, político). Este es el marco de las diferencias culturales entre el pasado y el presente.
- <sup>23</sup> Véase al respecto, E. M. Baeten. *The Magic Mirror. Myth's Abiding Power*, State University of New York Press, Albany, 1996, en especial, p. 39.